



CAPÍTULO 1

Willow

Siete meses después, mayo - Nueva York

Casi prendo fuego mi apartamento. Otra vez.

Hacer macarrones no debería ser así de difícil. Son chiquitos y tiernos, y la receta tiene ingredientes bien sencillos: claras de huevo, harina de almendras y azúcar, nada más. Entonces, *¿por qué?* ¿Por qué no logro hacer ni una tanda sin arruinar todo?

—Ay, no, mierda —murmuro mientras doy un manotazo a la encimera, tomo el guante de horno y saco mi creación que ahora echa humo. Según el temporizador, todavía faltan cinco minutos para que estén listos, pero están casi hechos carbón. O la receta tenía mal la temperatura de horneado o mi horno me llegó derecho del infierno. Apuesto a que es la segunda opción.

Estoy desesperada por recrear los macarrones clásicos de

la célebre panadería de Stella Margaux, porque hace un mes que el local de Nueva York cerró por remodelaciones y la verdad es que no puedo vivir sin ellos. Bastó esa noticia para hacerme barajar una posible vuelta a la Costa Oeste, donde prácticamente hay un Stella cada media cuadra.

Pero lo cierto es que tal vez ya no tenga la opción de volver a San Diego a vivir con mi familia si no encuentro trabajo en los próximos meses. Me vine a Nueva York hace cuatro años para ir a la universidad y tenía el plan de quedarme, de ser posible, para toda la vida. Me financiaron la educación los genios de mis padres, con la condición de que después de recibirme, me mantuviera sola. En realidad, no tendrían problema en seguir ayudándome, y recursos no les faltan, pero es una cuestión de principios. Hice una promesa y tengo la intención de cumplirla. Pero no pensé que sería tan difícil.

Me rompí el lomo para hacer una doble licenciatura en Comunicación y en Marketing Deportivo, una especialización en Letras y una pasantía cada semestre. Con toda esa experiencia, pensé que iba a ser fácil conseguir un puesto de tiempo completo en el departamento de marketing de un equipo deportivo profesional, o sea, el trabajo de mis sueños. Pero después de mandar decenas de postulaciones que directamente me ignoraron, de que no me llamaran ni para una segunda entrevista y de escuchar mil «estamos en contacto» mentirosos, sigo desempleada.

Sería mucho peor si me hubiera recibido hace años y no recién la semana pasada, pero ya hace meses que estoy postulándome a distintos trabajos con la esperanza de

conseguir algo para cuando me den el diploma. Mi hermano se aseguró un trabajo en su campo meses antes de recibirse, así que pensé que yo también iba a poder.

Ja. Me pasa por tarada: acá estoy, sin trabajo, con una cuenta bancaria que no para de achicarse y a dos horas en auto de la Stella Margaux más cercana. No puedo decir que esté «viviendo la mejor versión de mi vida». Y que me parta un rayo si no lo estoy intentando.

—¿Qué se prendió fuego? —pregunta Chantal desde la puerta de la cocina, arrugando la nariz por el olor.

Suspiro y me muevo para abrir la ventana, echándole un vistazo a mi compañera de habitación mientras tanto.

—Mis sueños y ambiciones.

—Me parecía. Tienen un olor horrible.

No puedo negarlo.

—Es la cuarta tanda que arruino hoy —me lamento mientras me acerco a ella arrastrando los pies. Apoyo la sien en la parte superior de su brazo, buscando consuelo. No llega a ser su hombro, porque yo mido un metro cincuenta y nada, y ella es un ángel de uno ochenta y cinco—. Los primeros no tenían suficiente azúcar. Los segundos quedaron chatos como *crêpes*. Los terceros quedaron crudos, y estos...

—Se prendieron fuego.

—Se quemaron *un poco* —la corrijo, incorporándome y lanzándole una mirada de advertencia. De todas formas, no puedo enojarme demasiado, porque *es cierto* que en un momento se prendieron fuego—. No logro que me salgan bien y no sé qué estoy haciendo mal.

—Tómate un descanso —me indica Chantal. Su tono es firme, pero tiene algo de dulzura—. Mañana vuelves a intentar.

Tiene razón, y es verdad que me voy a recomponer y me voy a arremangar para intentar una vez más, como siempre. Pero sabe que mi frustración no tiene que ver solo con los macarrones. Sabe lo mucho que quiero que mi vida sea perfecta y lo mal que me pone que me esté costando tanto. Como es mi compañera de habitación desde el primer año, ya me ha visto muchísimos altibajos, y tiene un máster en mis sueños y ambiciones. Por suerte el trabajo de sus sueños, un puesto como analista financiera (¿qué le verá?), la está obligando a quedarse en Nueva York, porque no sé qué haría sin ella.

—Voy a pedir comida para que nadie tenga que entrar a esta zona de desastre —dice, y saca el teléfono del bolsillo trasero de unos shorts de jean que ostentan sus piernas largas y marrones—. Y busca tu teléfono, ¿sí? No para de vibrar en tu dormitorio, me está volviendo loca.

Esbozo una sonrisa tímida.

—Perdón. No quería distraerme, así que lo dejé ahí.

Levanta una ceja, burlona.

—En realidad no querías que se te volviera a caer en el tazón de la mezcla.

Se me enciende el rostro cuando menciona ese intento de repostería en particular.

—¡Me pasó una sola vez!

Se tira el pelo por encima del hombro y sale tranquila

de la cocina, mientras las delicadas cuentas que tiene en las puntas de las trenzas van chocándose entre sí a cada paso que da. Yo la ayudé a elegir las la semana pasada: el dorado y el azul profundo son perfectos ahora que está subiendo la temperatura, y son la despedida ideal antes de empezar su trabajo nuevo y tener que usar un peinado «profesional». Sería genial que algún día el mundo dejara de decirnos a las chicas negras cómo tenemos que peinarnos, pero ese día todavía no llegó.

Con un suspiro, me desato el delantal y lo cuelgo en el gancho que está al lado de la ventana. El algodón rosa pastel ondea con la brisa cálida, como si se burlara en silencio de mí y de mi fracaso. Ni me molesto en mirar los macarrones braseados cuando salgo de la cocina y cruzo el pasillo angosto que lleva a mi habitación sin hacer ruido.

En el camino, me encuentro con la puerta abierta de Grace y oigo al pasar un poquito de la conversación que está teniendo por teléfono. A juzgar por los quejidos que suelta cada tanto y por las (pocas) palabras en cantonés que entiendo gracias a las clases que me dio a lo largo de estos años, está hablando con la mamá. Seguro está prometiéndole que no va a perder el vuelo a Hong Kong que tiene mañana, cosa que ya le pasó dos veces.

Me saluda moviendo los dedos cuando paso, a lo que yo respondo lanzándole un beso antes de meterme en mi dormitorio, que está al lado del suyo. El sol se escurre a través de mis cortinas traslúcidas y proyecta sombras cortas a lo largo de mi escritorio. Mi teléfono está apoyado en la

superficie, apretado entre unas cremas faciales y una taza llena de lapiceras con brillitos. La pantalla está oscura, pero cuando la levanto, me recibe una letanía de mensajes y llamadas perdidas, todos de mi hermano.

Cualquiera pensaría que hubo una emergencia de algún tipo, pero así se maneja Oakley. Si no me encuentra (a mí o a cualquiera) al primer intento, se pone a llamar y mandar mensajes hasta que le respondan. Él de sutil no tiene nada.

Ni me molesto en mirar ninguno de los veinte mensajes. Seguro son todos emojis y la frase «contéstame!!!!» enviada una y otra vez. En vez de leerlos, escribo su nombre en el buscador, me llevo el teléfono a la oreja y me tiro sobre el edredón con volados de mi cama para mirar por la ventana al edificio de ladrillos de enfrente.

—Te tomaste tu tiempo —gruñe Oakley cuando atiende.

—Estaba ocupada —le digo sin dar detalles. Si le confieso mi catástrofe repostera, no me la va a dejar pasar nunca—. ¿Qué pasa?

—¿Quieres ir a Mónaco?

Algo más sobre mi hermano: él no se anda con vueltas.

Yo ya estoy acostumbrada, pero la pregunta me desconcierta.

—¿A Mónaco? —repito—. ¿O sea, el país?

—Y sí, Willow, el país —se burla—. ¿Qué parte no entiendes?

Pongo los ojos en blanco y me imagino mostrándole el dedo del medio.

—Ay, por Dios, quería ver si te había entendido bien.

—¿Y? —Me lo imagino haciendo círculos con la mano en el aire para que me apesure, impaciente como siempre—. ¿Te interesa o no?

—Sí, claro —respondo, aunque la propuesta me da sospechas—. ¿Cómo no me va a interesar? Pero ¿a qué viene la pregunta?

—Es que la semana que viene voy a ir para allá y se me ocurrió que tal vez querías sumarte. Además, el fin de semana hay carreras y...

Lo interrumpo mi carcajada.

—Yo sabía que esto tenía que ver con los deportes de motor.

En la adolescencia, la vida de mi hermano giraba en torno al karting, lo cual lo llevó a competir exitosa pero brevemente en Fórmula 3. Al final terminó dejándolo para llevar una vida «normal» y se metió en la universidad. Yo la verdad nunca hubiera dejado pasar la oportunidad de ser atleta profesional, por nada en el mundo. Pero esa es la diferencia entre Oakley y yo: él tuvo opciones en la vida. Yo no.

—Y además —irrumpe Oakley— mi empresa va a organizar un evento muy importante. Se me ocurrió que te podía llegar a gustar codearte con los atletas y después ver las carreras desde el paddock. Tengo pases, son cortesía de SecDark.

Como parte de su experiencia universitaria «normal», Oakley estudió ciberseguridad. En el primer semestre de su último año, lo reclutó una de las empresas más importantes de la industria, SecDark Solutions, y desde entonces trabaja para ellos.

La empresa tuvo tanto éxito que hace poco se expandió y empezó a patrocinar a varios equipos y atletas, entre ellos un equipo de Fórmula 1, lo que explicaría esta invitación a la fiesta y que tengamos acceso al paddock. Si no estuviera tan orgullosa de mi hermano por haber escalado en una empresa tan exitosa, estaría muerta de envidia.

Pero dado que sus logros me están trayendo beneficios, no me puedo quejar de que le esté yendo mejor que a mí.

—Ya sé que no te está resultando nada fácil conseguir trabajo —dice antes de que pueda preguntarle más cosas sobre el evento—, pero esta puede ser una buena oportunidad para que hagas contactos. Todavía no abandonaste tu sueño de dedicarte al marketing deportivo, ¿no?

Me pongo de costado y aprieto las rodillas contra el pecho. La dulzura de Oakley me hace sentir más vergüenza que si estuviera burlándose de mí por seguir sin trabajo.

Siempre fue mi sueño dedicarme a algo relacionado con el deporte. Crecí con un amor por el béisbol y el básquet: me encantaba ir a los partidos con Oakley y con nuestro papá, me encantaba la energía eléctrica de la multitud hinchando por su equipo favorito. Me enganché desde el momento en que papá me tomó de la mano y me llevó al estadio por primera vez. A partir de entonces ya no hubo vuelta atrás.

Yo quería ser como los de la cancha. Quería correr las bases y hacer tiros de media cancha. Quería que cantaran mi nombre, que hiciera eco por toda la tribuna y que latiera en el corazón de todos los hinchas.

Por desgracia, mi cuerpo impidió que ese sueño llegara a hacerse realidad. Aunque tuve que pasar por incontables médicos a lo largo de muchísimos años para que me dieran el diagnóstico de hipermovilidad, desde chica ya sabía que era distinta a mis compañeros. Que nunca iba a poder hacer algunas de las actividades que hacían los demás. Mi carrera de béisbol terminó cuando me disloqué el hombro en mi primera clase de tee ball, y el básquet directamente estaba descartado por todo lo que hay que correr y frenar en seco, cosa que mis rodillas inestables no podían soportar. No era mi destino ser atleta.

Así que, después de años de observar y aprender desde fuera de la cancha, me pareció que el marketing deportivo era la segunda mejor opción. Era otra forma de sumergirme en un mundo que me daba alegría y compartir esa alegría con otros. Eso, claro, si conseguía trabajo.

—No, no lo abandoné. —Doy un suspiro—. Sigo esperando a que me contesten de un par de lugares.

—Entonces ven a Mónaco mientras tanto —insiste—. Te digo que es un evento perfecto para hacer contactos. O si no, piensa que te estoy invitando unas vacaciones y listo. Vale como regalo de graduación y de cumpleaños muy adelantado.

—¿Todo junto? —le canturreo—. Guau, eres *tan* bueno.

—A ver, digamos todo. Solo te lo estoy ofreciendo porque mamá me obligó.

—Entonces ¿tengo que agradecerle a ella la invitación, no a ti?

—Es una cuestión semántica —dice, desestimando mi comentario. Después vuelve al ataque con su propuesta—: Piensa en toda la gente que vas a conocer. ¿Sabes cuántos atletas y equipos van a ir a esa fiesta? Si al final de la noche no conseguiste una oferta laboral, me tiro de un acantilado en la costa.

Suelto una risita.

—Eso lo vas a hacer por más que consiga una propuesta. —Los dos heredamos el gen de la adicción a la adrenalina. Solo que yo sé bien que no tengo que hacerles caso a esos impulsos.

—Puede ser —reconoce—. Pero en serio, Wills. Es una muy buena oportunidad. Y no tienes ni que levantar un dedo. Yo me ocupo de todo.

Me pongo bocarriba y observo el techo mientras me enrosco el dobladillo del vestido entre los dedos.

—¿Me prometes que vale la pena? —Sigo dando vueltas, pero ya me está brotando la emoción del pecho—. No quiero perderme una entrevista por irme mucho tiempo.

—Te lo prometo. Puedes salir el miércoles y volver el lunes por la mañana.

Respiro hondo y lo pienso. Tiene razón. Puede ser una excelente oportunidad para hacer contactos. Y aparte, ¿quién no querría pasar unos días en uno de los lugares más geniales del mundo? Además, ¿quién soy yo para rechazar un viaje gratis?

—Bueno, está bien —escupo antes de que mi cerebro se entere—. Llévame a Mónaco.